

Más allá del Primero de Mayo

Cómo se repartirán los costos de la crisis.

Por: Edgar Gutiérrez

La conmemoración del Día del Trabajo ocurrió ahora en el trance de lo que asoma como la peor caída desde la Gran Depresión. En Latinoamérica, Europa y Asia hubo nutridas marchas, y algunas derivaron en acciones violentas. Pero lo relevante fue que sindicatos tradicionalmente rivales marginaron esta vez sus diferencias. Incluso asociaciones de ejecutivos desfilaron con los operarios demandando juntos estabilidad laboral y protección.

Signos de los tiempos. Ciertamente, las organizaciones de trabajadores están lejos de constituir una fuerza de equilibrio social, después de tres décadas de repliegue. Pero la crisis despierta el reflejo de la supervivencia sobre un arco amplio de asalariados y propietarios chicos. No es propiamente un saludo al Día del Trabajo sino la reivindicación del empleo, una práctica humana concentrada, dignificante y sistemática, socialmente reconocida y remunerada.

La marcha del viernes mostró la incertidumbre que sumerge a todos y la inconformidad por la contabilidad de la pérdida neta de ingresos, junto a la convicción de ser víctima de una injusticia: pagar los platos que otros rompieron. Tras la ruptura de la burbuja de oropel esto se traducirá en la puja abierta sobre cómo se repartirán los costos.

La gente ha hablado en los últimos años a través del medio globalmente reconocido, las elecciones; en Latinoamérica, en Europa y en EE.UU., con la elección de Obama. Las organizaciones gremiales y ciudadanas no tienen la fuerza suficiente y apuestan, sumándose al voto general, a fortalecer al Estado para que se redistribuya con alguna racionalidad esos costos.

Retornar al Estado es también un sentimiento básico de supervivencia social. No hay ahora otro factor de cohesión. Sólo cuando la sociedad cree que las puede o la prefiere sola, sea por abundancia económica o rebeldía ante la represión, busca prescindir del Estado. No es el caso, incluso con la debacle de la seguridad pública.

Por eso la respuesta del Estado, ante la crisis global y del empleo marcará la ruta de las próximas décadas. En ese escenario los peores consejos al Estado y su sociedad son negar la crisis o paralizarse. Son tiempos creativos, de actividad y estrategia.